

plaza pública para la edición del 9 de octubre de 1992
% Costos de informar
% Presidencia, Cervantino
miguel ángel granados chapa

Eos medios de información mexicanos que acudieron a San Antonio y Nueva York en pos de la gira del Presidente Salinas, están pagando los gastos de sus enviados. Los que se ocupen del Festival Cervantino que se inicia hoy en Guanajuato, tendrán que hacer lo mismo. Se trata de un avance breve, pero simbólico, en la necesaria mutación de hábitos que, en contubernio, han engendrado la prensa y el gobierno mexicanos.

La historia de los dispendios gubernamentales en las giras presidenciales, sean internas o en el extranjero pertenece a la más divertida picaresca. La imagen del funcionario de relaciones públicas que recorre la sala de prensa con el abultado portafolios bien nutrido de dólares confortó durante décadas a los ávidos periodistas que soñaban en ser incorporados a los viajes presidenciales para beneficiarse del eparto que, generoso e incontrolado, practicaba el funcionario de marras. Si después se acercaba como quien no quiere la cosa, atisbaba sobre la cuartilla apenas comenzada y recomendaba un giro distinto del escogido por el reportero, ¿quién iba a tener corazón para negarse a hacerlo? ¿Y quién rehusaría acatar la petición clásica que sugería: "dí en la columna, como cosa tuya, que..."?

Pero esas dádivas eran adicionales al pago de los costos generados por la información. Desde luego, los transportes corrían a cargo de la Presidencia. Vastos aviones se llenaban de personal de prensa, e invitados a los que se vinculaba en algún sentido a los medios, y era fama que los vuelos de regreso se volvían riesgosos, por el exceso de carga. Pero el gobierno pagaba también los alojamientos, las comidas (y ¡vive Dios!, las bebidas), lo mismo que las transmisiones. Las salas de prensa quedaban dotadas del más amplio instrumental de telecomunicaciones. Una anécdota del tiempo de Echeverría, una entre mil, da cuenta del uso abusivo del teléfono: un enviado de *Excélsior* preguntó por un incendio de menores proporciones que se había producido en la bodega donde se almacenaba el papel de desperdicio. Su interlocutor ignoraba el hecho, que ocurría a unos metros de su oficina, mientras que el enviado había sido puesto alto del acontecimiento, en una larga conversación personal, no obstante que se hallaba en el extremo noreste de Siberia.

Esa cara del dispendio, generosa en apariencia, no era la única del fenómeno. Había el reverso también. Durante tres años, por ejemplo, el reportero presidencial de *El Financiero* no fue convidado a las giras internacionales del Presidente Salinas. Era un modo de increpar al diario por su

Vienes

comportamiento noticioso. Y parecía que la oficina respectiva tenía derecho a hacerlo, porque aparte de ofrecer las posibilidades para el trabajo noticioso, daba prebendas materiales, y quien practica una liberalidad puede permitirse escoger a sus destinatarios.

No puede darse por definitivo el cambio que a partir de ahora está poniéndose en práctica. Intentos semejantes se han estrellado con las inercias y los intereses creados. Al comienzo de esta administración federal se dispuso ya que los gastos de transportación y alojamiento en los viajes presidenciales al exterior corrieran por cuenta de los medios. La medida, como ahora, fue aplaudida, pero no acatada, y no tardó en pasar al olvido. Pero si se persevera ahora, apenas se habrá caminado un trecho breve en la porción de las relaciones entre la prensa y el gobierno que concierne al dinero, no al que deriva de la venta de los servicios publicitarios o de ejemplares, realizados conforme a reglas del mercado, sino al que con dilatada extensión se conoce como *chayo* o *embute*. Esa será una rama del frondoso árbol de la corrupción que será difícil podar, puesto que implica no sólo temas de ética y de economía personales, sino que concierne a los vínculos políticos entre la prensa y el poder.

El gobierno de Guanajuato, que se ahorrará el costo de la cobertura del Cervantino, recibirá denuestos. Algunos provendrán de la buena fe de quienes suponen que su apoyo pecuario estimula la difusión cultural. Otros no. Pero verá usted cómo mejora la calidad de la información, pues no acudirán charlatanes a disfrutar de vacaciones pagadas, y los profesionales concentrarán su energía en el trabajo. Así sea.

PLAZA PUBLICA

Miguel Angel Granados Chapa

Costos de informar Presidencia, Cervantino

Los medios de información mexicanos que acudieron a San Antonio y Nueva York en pos de la gira del Presidente Salinas, están pagando los gastos de sus enviados. Los que se ocupen del Festival Cervantino que se inicia hoy en Guanajuato, tendrán que hacer lo mismo. Se trata de un avance breve, pero simbólico, en la nece-

saría mutación de hábitos que, en contubernio,⁴ han engendrado la prensa y el gobierno mexicanos.

La historia de los dispendios gubernamentales en las giras presidenciales, sean internas o en el extranjero, pertenece a la más divertida picaresca. La imagen del funcionario de relaciones públicas que recorre la sala de prensa con el abultado portafolios bien nutrido de dólares confortó durante décadas a los ávidos periodistas que soñaban con ser incorporados a los viajes presidenciales para beneficiarse del reparto que, generoso e incontrolado, practicaba el funcionario de marras. Si después se acercaba como quien no quiere la cosa, atisbaba sobre la cuartilla apenas comenzada y recomendaba un giro distinto del escogido por el reportero, ¿quién iba a tener corazón para negarse a hacerlo? ¿Y quién rehusaría acatar la petición clásica que sugería: “dí en la columna, como cosa tuya,

que...”?

Pero esas dádivas eran adicionales al pago de los costos generados por la información. Desde luego, los transportes corrían a cargo de la Presidencia. Vastos aviones se llenaban de personal de prensa, e invitados a los que se vinculaba en algún sentido con los medios, y era fama que los vuelos de regreso se volvían riesgosos, por el exceso de carga. Pero el gobierno pagaba también los alojamientos, las comidas (y ¡vive Dios!, las bebidas), lo mismo que las transmisiones. Las salas de prensa quedaban dotadas del más amplio instrumental de telecomunicaciones. Una anécdota del tiempo de Echeverría, una entre mil, da cuenta del uso abusivo del teléfono: un enviado de *Excélsior* preguntó por un incendio de menores proporciones que se había producido en la bodega donde se almacenaba el papel de desperdicio. Su interlocutor ignoraba el hecho, que ocurría a unos metros de su oficina, mientras que el enviado había sido puesto al tanto del acontecimiento en una larga conver-

sación personal, no obstante que se hallaba en el extremo noreste de Siberia.

Esa cara del dispendio, generosa en apariencia, no era la única del fenómeno. Había el reverso también. Durante tres años, por ejemplo, el reportero presidencial de *El Financiero* no fue convidado a las giras internacionales del Presidente Salinas. Era un modo de increpar al diario por su comportamiento noticioso. Y parecía que la oficina respectiva tenía derecho a hacerlo, porque aparte de ofrecer las posibilidades para el trabajo noticioso, daba prebendas materiales, y quien practica una liberalidad puede permitirse escoger a sus destinatarios.

No puede darse por definitivo el cambio que a partir de ahora está poniéndose en práctica. Intentos semejantes se han estrellado con las inercias y los intereses creados. Al comienzo de esta administración federal se dispuso ya que los gastos de transportación y alojamiento en los viajes presidenciales al exterior corrieran por cuenta de los medios. La medida, como ahora, fue aplaudida, pero no aca-

tada, y no tardó en pasar al olvido. Pero si se persevera ahora, apenas se habrá caminado un trecho breve en la porción de las relaciones entre la prensa y el gobierno que concierne al dinero, no al que deriva de la venta de los servicios publicitarios o de ejemplares, realizados conforme a reglas del mercado, sino al que con dilatada extensión se conoce como *chayo o embute*. Esa será una rama del frondoso árbol de la corrupción que será difícil podar, puesto que implica no sólo temas de ética y de economía personales, sino que concierne a los vínculos políticos entre la prensa y el poder.

El gobierno de Guanajuato, que se ahorrará el costo de la cobertura del Cervantino, recibirá denuestos. Algunos provendrán de la buena fe de quienes suponen que su apoyo pecuario estimula la difusión cultural. Otros no. Pero verá usted cómo mejora la calidad de la información, pues no acudirán charlatanes a disfrutar de vacaciones pagadas, y los profesionales concentrarán su energía en el trabajo. Así sea.